

ALEXANDER PECHMANN

LA BIBLIOTECA  
DE LOS SIETE MARES

UNA TRAVESÍA CON  
ODISEO, ROBINSON CRUSOE Y  
LOS CAPITANES DE JANE AUSTEN  
POR EL OCÉANO DE  
LA LITERATURA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE ALEJANDRO PANTOJA

BARCELONA 2026



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Die Bibliothek der sieben Meere*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la edición original, 2023 by mareverlag  
GmbH & Co. oHG, Hamburgo  
Este libro ha sido negociado a través de  
Casanovas & Lynch Literary Agency  
© de la traducción, 2026 by Alejandro Pantoja Lindemann  
© de la ilustración de la cubierta, 2025 by Orlando Hoetzel  
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 979-13-87964-20-7  
DEPÓSITO LEGAL: B. 6590-2026

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2026*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

<i>Prólogo. ¡Levad anclas!</i>	9
--------------------------------	---

### I. EL MAR DE LOS MITOS

Odiseo y sus hijos	17
Las islas del tesoro de Simbad	25
El viejo hombre de mar	34
El holandés errante	43

### 2. EL MAR DE LO DESCONOCIDO

Grandes descubridores	51
Robinsonadas	60
Sueños de los Mares del Sur	70
Las maravillas de los mares de hielo	80

### 3. EL MAR DE LAS AVENTURAS

Héroes y villanos de mar	93
Piratas, piratas, piratas	103
Cazadores de tesoros y cocineros de barco	113
Barones contrabandistas y ladrones costeros	122

### 4. EL MAR DEL TRABAJO

Al pie del mástil	133
Entre balleneros	145
Trabajadores del mar	155
Guardianes del mar	164

## 5. EL MAR DE LA CALAMIDAD

Dioses de la tormenta y mujeres del viento	177
Naufragio con caniche	187
Amotinamiento y alevosía	196

## 6. EL MAR DEL MIEDO

Monstruos de las profundidades	209
Barcos fantasma	219
Espíritus de barco	229

## 7. EL MAR DE LA PASIÓN

Grandes historias de amor	241
Los capitanes de Jane Austen	250
Amor de marinero	260
Anhelando el mar	270

<i>Epílogo. A nuevos puertos</i>	283
<i>Bibliografía</i>	287
<i>Agradecimientos</i>	307
<i>Índice</i>	308

Para mí, el mar es un continuo milagro,  
y los peces que nadan en él, las rocas, el movimiento  
de las olas,  
los barcos y la gente que llevan a bordo:  
¿hay milagros más extraños?

WALT WHITMAN, «Milagros»,  
*Hojas de hierba*  
[trad. Eduardo Moga]



PRÓLOGO  
¡LEVAD ANCLAS!

El libro favorito de mi tatarabuelo parece haber sobrevivido a muchos huracanes y naufragios. Las páginas están amarillentas, el lomo desgastado y el resto de la cubierta de tela, roja como la sangre, manchada, como si hubiera permanecido abierto durante semanas y meses en un bote salvavidas. Es probable que le haya acompañado en todos sus viajes. Lo leía en un camarote oscilante del yate inglés *Pandora*, que partió hacia el Ártico en 1876 en busca de la expedición perdida de Franklin, en el despacho sombrío del comandante del puerto de Pola y en la academia naval de Fiume, donde murió en 1900 con el grado de contraalmirante.

Esta caprichosa reliquia familiar, fuente de un amor por la literatura de los mares que ha perdurado durante varias generaciones, se encuentra algo perdida en mi estantería, entre el *Viaje alrededor del mundo* de Adelbert von Chamisso y una edición de los diarios de James Boswell. Cada vez que lo saco y lo hojeo con cuidado, pienso dónde lo clasificaría un bibliotecario amante del orden. *Tom Cringle's Log*, que así se titula, se publicó en la serie Blackwood's Standard Novels de Edimburgo, sin año de edición. El autor, un tal Michael Scott, lo publicó de forma anónima y por entregas en 1829, y trata de viajes y aventuras en el Caribe y de experiencias y batallas en distintos veleros. A primera vista, parece una clásica novela de mar, hoy olvidada, pero al examinarla más de cerca la categorización parece menos clara. ¿Se trata de una novela o de una autobiografía, de un relato de viajes o de una historia de aventuras ficticia? Esta cuestión no es inusual en la literatura de los mares. Noso-

tros, los marineros de agua dulce, solemos ser incapaces de juzgar si se trata de un relato marinero o de un hecho histórico. En alta mar, los límites entre realidad y ficción parecen difuminarse con más facilidad que en otros lugares, y se puede fingir un grado impío de autenticidad con un puñado de términos náuticos. Pero no es sólo la línea divisoria entre relato y verdad la que a veces se vuelve permeable, sino también la que separa la narrativa del ensayo o el clasicismo del Romanticismo. Lo que se aplica a las categorías literarias también parece hacerlo a las distintas nacionalidades y lenguas. Éstas se difuminan no sólo en los barcos que zarpan hacia costas extranjeras con sus variopintas tripulaciones, sino también en la vida de una serie de novelistas cuyos horizontes nunca se limitaron a un pequeño rincón del mundo. La naturaleza del mar hace difícil levantar muros y poner piedras fronterizas, y lo mismo ocurre con la literatura y los autores de los mares.

Uno de los escritores «ingleses» más populares, Joseph Conrad, era en realidad polaco—su nombre de nacimiento era Konrad Korzeniowski—, y sus mejores novelas están ambientadas en el océano Índico y el mar de la China Meridional. Al exitoso autor Heinrich Smidt lo describieron como el «Frederick Marryat alemán» y, al igual que su colega inglés, escribió historias sobre el holandés errante. Eugène Sue fue considerado el «James Fenimore Cooper francés», con quien mantuvo una cálida amistad, y Emilio Salgari el «Karl May italiano». Al ruso Aleksandr Grin sus compatriotas lo confundieron con un inglés, Friedrich Gerstäcker tradujo e imitó a su modelo estadounidense Herman Melville y el irlandés Lafcadio Hearn murió como ciudadano japonés. Todos estos autores viajaron por mar, ya fuera de forma profesional o privada, y pudieron recurrir tanto a sus experiencias personales como a las nove-

las de sus colegas escritores; por supuesto, todos conocían la primera gran obra de la literatura de los mares, la *Odissea* de Homero, y, por tanto, los grandes mitos clásicos de los océanos. Es probable que cada uno de ellos devorase el *Robinson Crusoe* de Defoe en su juventud y oyera, de boca de aquellos que las vivieron, historias de expediciones, naufragios, guerras navales, motines y destinos increíbles a lo largo y ancho de los siete mares.

Dado que una división en literaturas nacionales es más difícil de lo que podría parecer a primera vista, se podría intentar organizar las obras de la literatura de los mares por orden cronológico, desde la *Odissea* de la antigua Grecia hasta *Los Lusíadas* de Luís de Camões, la epopeya portuguesa en verso sobre las expediciones de Vasco da Gama; de las primeras novelas marítimas de Daniel Defoe a Tobias Smollett; de James Fenimore Cooper a Herman Melville, Friedrich Gerstäcker y Pierre Loti; del *Pedro Simple*, de Frederick Marryat, a la saga *Hornblower* de C. S. Forester y *Capitán Blood*, de Rafael Sabatini. Pero este orden perdería su importancia si tenemos en cuenta que una obra tan importante como *Moby Dick*, de Melville, no se hizo realmente reconocida hasta unos treinta años después de la muerte del autor, y que libros como *La isla del tesoro*, de Stevenson, y *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne, fueron amados y leídos al margen de cuando fueron escritos. Los autores de principios del siglo xx, como Forester, ignoraron la transición histórica de la vela al vapor e hicieron que sus héroes del mar lucharan en las guerras napoleónicas de principios del siglo xix. Autores de finales de ese mismo siglo como Joseph Conrad y Henry James, por su parte, se distanciaron deliberadamente del género de la novela marítima al considerar esta categoría literaria un juego de niños, pero aun así escribieron sobre viajes y aventu-

ras en alta mar. Asimismo, toda una serie de autoras como Jane Austen, Elizabeth Gaskell, Sarah Orne Jewett y Sophie Wörishöffer, que cultivaron con frecuencia un modelo propio y diferente de literatura sobre el mar, parecieron preferir mantenerse en la supuesta seguridad de la costa antes que aventurarse en la oscilante cubierta de un barco.

La única organización que me parece lógica y que ofrece una buena visión global de la literatura de los mares es la de círculos temáticos. Los círculos pretenden evocar esas ondas que crean los guijarros cuando se lanzan al agua; se extienden en todas direcciones, a veces se superponen y acaban desapareciendo como toda historia, nombre o categoría. No obstante, logran evocar una imagen seductora y que, tal vez, pueda servir como incentivo necesario para lanzarse tras los guijarros con el fin de rescatar uno o dos tesoros de las profundidades y devolverlos a la luz.

A estos círculos temáticos los llamo mares, consciente de que son difíciles de delimitar y de que confluyen entre sí como los siete mares de la geografía. El orden no es del todo arbitrario, ya que el «mar de los mitos», con sus ideas formativas de dioses, maravillas y héroes marinos, pervive en la imaginación de todos los autores posteriores. Lo mismo cabe decir de los exploradores, trotamundos y robinsones del «mar de lo desconocido», cuyas experiencias inspiraron una gran cantidad de obras literarias. Los orígenes de la novela marítima moderna se encuentran en el «mar de las aventuras», sobre todo en las obras de aquellos marineros que, tras el fin de las guerras napoleónicas, no obtuvieron un cargo y mantuvieron su economía a flote escribiendo relatos de aventuras. En el «mar del trabajo», los destinos de simples pescadores, balleneros y marinos se convierten en literatura. El «mar de la calamidad» es donde reinan tormentas violentas, los barcos se hunden y los marineros

## ¡LEVAD ANCLAS!

se amotinan. Los monstruos marinos más aterradores y los fantasmas más espeluznantes habitan en el «mar del miedo», un apartado que las mentes delicadas se pueden saltar para llegar rápidamente al «mar de la pasión», donde las grandes emociones entran en escena.

En todas las obras que se examinarán con detalle en las páginas que siguen se presta especial atención a la relación entre las experiencias vitales de los autores y sus creaciones literarias. Se exploran las historias reales que hay detrás de las ficticias sin faltar a la magia de la fantasía.

*La biblioteca de los siete mares* es una institución efímera que no aspira a la totalidad ni a la validez eterna. El foco de atención se concentra en autores y obras en lengua inglesa del siglo XIX y principios del XX, ya que fueron y siguen siendo definitorios del estilo para todo el género. Obras conocidas y olvidadas se exponen en pie de igualdad unas junto a otras. La selección es puramente subjetiva; se basa en mis preferencias personales y en las enormes montañas de libros que, desde los tiempos de mi tatarabuelo, se han ido acumulando en las estanterías de mi familia.



I

# EL MAR DE LOS MITOS



## ODISEO Y SUS HIJOS

Una vez me contaron que un viejo erudito alemán tenía la *Odisea* impresa en goma para poder leer los versos en la bañera. Yo no iría tan lejos, pero cuando era joven me encantaban las versiones de Gustav Schwab y Auguste Lechner, la colorida película de Hollywood con Kirk Douglas y la serie de televisión casi textual con Irene Papas como la fiel y orgullosa Penélope. Conocí el original más tarde, aunque, por supuesto, ya era consciente de su importancia. Al igual que las epopeyas clásicas en verso de Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*, se sitúan en el inicio de la literatura europea, Odiseo es el antepasado indispensable de innumerables personajes de la literatura de los mares. Es un astuto guerrero y un pirata, un osado aventurero que se adentra en tierras desconocidas y fantásticas e incluso en el inframundo, un hombre maldecido por los dioses que intenta romper el hechizo; un náufrago que llega a una costa extranjera, un hábil artesano que construye una balsa apta para navegar y regresa por fin a casa con su mujer y su hijo, y un vengador que masacra sin piedad a sus enemigos.

La *Odisea*, escrita en el siglo VIII antes de Cristo, fue una de las muchas epopeyas menos conocidas cuyo argumento era la continuación de la *Ilíada* y de los acontecimientos que rodearon la guerra de Troya o describían su preludeo. Pertenecían a un círculo de leyendas que supuestamente abarcaban todo lo sucedido entre la unión de los primeros dioses del cielo y la tierra y la muerte de Odiseo. Aristóteles menciona la *Cipria* en el capítulo 23 de su *Poética*, en el que describe el robo de la bella Helena y las causas de

la guerra. La *Etiópida* narra las batallas del «divino» Aquiles y su muerte a manos de Paris, cuya flecha, guiada por el dios Apolo, hiere el famoso «talón de Aquiles». La *Iliu persis* narra la destrucción de Troya y los *Nóstoi* los viajes de regreso a casa de los guerreros más o menos heroicos. Nunca sabremos qué tremendas aventuras vivieron, ya que éstas y muchas otras obras del ciclo de leyendas se han perdido. Es probable que las epopeyas de Homero sólo hayan sobrevivido por haber sido las más copiadas en escuelas y universidades y haber gozado de una difusión mucho más allá de Grecia.

Sin embargo, nadie sabe realmente quién fue Homero o si las dos obras, tan diferentes en cuanto a visión del mundo, estilo y técnica narrativa, y que probablemente se escribieron con varias décadas de diferencia, sólo le fueron atribuidas a él o si las escribió de verdad; si se limitó a recitar los versos, como el cantor ciego Demódoco en la *Odisea*, o si los grabó palabra por palabra en veinticuatro pergaminos de cuero. Es probable que el poeta viviera en una de las ciudades portuarias de la Liga Jónica, en Quíos o Esmirna. Es posible que de niño soñara con los veleros que recorrían las costas del Mediterráneo y se aventuraban hacia el oeste, o a Egipto y Fenicia, para comerciar y fundar colonias. Escuchaba las historias de los marineros sobre los seductores cantos de las sirenas y los terroríficos monstruos marinos, como Escila, de seis cabezas, o Caribdis, el remolino que devoraba los barcos. Oyó hablar de islas habitadas por gigantes tuertos y de aquéllas en las que gobernaban dioses y donde poderosas hechiceras como Circe convertirían a los hombres en cerdos. Luchar contra tales fuerzas requería algo más que fortaleza y habilidad: se necesitaba una voluntad firme, una mente inteligente y la mano protectora de la diosa Atenea. ¿Quién si no Odiseo, el astuto

guerrero de la guerra de Troya, podría haber sobrevivido a tales aventuras?

A diferencia de la sencillez de la *Iliada*, la *Odisea* es una obra enrevesada que consta de varios hilos narrativos, analepsis y destinos hábilmente entrelazados. Los viajes de Odiseo, a quien una maldición del dios del mar Poseidón impide regresar a casa, constituyen solamente una parte de la epopeya. Ésta comienza con la decisión de los dioses de poner fin al encarcelamiento del héroe en la isla de Calipso. A continuación, narra la búsqueda que emprende Telémaco de su padre desaparecido y el viaje que convertirá al joven en un hombre; es, por así decirlo, la versión antigua de un *coming of age* moderno. No es hasta el canto quinto que nos enteramos de cómo Odiseo construye una balsa para abandonar la isla en la que pasó siete años. Al fin y al cabo, la mayor parte del tiempo estuvo en brazos de la ninfa Calipso, por lo que disfrutó de comodidades que los náufragos de épocas posteriores no tuvieron, como Robinson Crusoe. La detallada descripción de la construcción de la balsa es especialmente interesante, ya que permite sacar conclusiones sobre el oficio de los constructores de barcos en la época de Homero. La descripción es tan realista que uno podría construir una réplica de la embarcación si alguna vez se quedara varado en la isla de Calipso y quisiera volver a salir de ella. La *Odisea* también ofrece un buen panorama de cómo se navegaba en la Antigüedad, y varios detalles demuestran que Homero no era un ignorante marinero de agua dulce. Es posible que incluso hablara de tecnología náutica con viejos capitanes en las tabernas de los puertos. Dado que describe los barcos como «negros» u «oscuros», sus cascos debían de estar cubiertos de alquitrán. La proa, a veces «azulada» o «purpúrea», estaba pintada de colores. Los barcos más pequeños los impulsaban veinte remeros,

los más grandes cincuenta o incluso cien. Cuando el viento era favorable, se izaba un mástil con dos cabos tensados hacia proa, encajados en la zapata del mástil y asegurados con otro cabo tensado hacia popa. A continuación, se izaba la vela con ayuda de las vergas y se ponía al viento. Los remos se recogían, por lo que nunca se navegaba y remaba al mismo tiempo, como se ve a veces en las películas de Hollywood. El término *cóncauo* empleado por Homero significa que los barcos, al igual que las barcas de pescadores descubiertas, sólo contaban con una pequeña cubierta en la proa, donde un vigía ocupaba su puesto, y una más amplia en la popa, donde capitán y timonel se apostaban en la caña del timón. La carga se estibaba bajo los bancos de los remeros, al igual que el saco lleno de toda clase de vientos que Eolo, el guardián divino de los vientos designado por Zeus, dio a los marineros para que llevaran consigo. Las antiguas galeras eran tan ligeras que podían ser arrastradas hasta una playa y devueltas rápidamente al mar en caso de necesidad, como en la huida de Odiseo de la isla del cíclope Polifemo. Los antiguos navegantes solían permanecer cerca de la costa y eran reacios a pasar la noche en el mar. En lugar de echar el ancla en una bahía, preferían llevar el barco a tierra. Por lo tanto, el viaje de Odiseo de una isla a otra refleja la forma habitual de viajar en aquella época. Su viaje en la balsa, que finalmente se rompe en una tormenta, le lleva a la tierra de los feacios, a la corte del rey Alcínoo, a quien cuenta la historia de sus viajes. Como es el propio héroe quien relata sus hazañas, no se puede descartar que las historias de monstruos y hechiceras sean pura invención de marinero, sobre todo porque en otras ocasiones no se muestra tan exigente con la verdad. Al principio, sin embargo, hay un episodio realista que revela otro lado más oscuro del héroe. Odiseo, que anhela su hogar tras nueve

años de asedio en Troya, resulta ser un pirata sediento de sangre que no tarda en visitar la tierra de los cícones para robar y saquear:

De la costa troyana llevonos el viento a la patria  
de los cícones, Ismaro; allí saqueé su poblado  
y a los hombres di muerte; el copioso botín y mujeres  
con justicia partimos, que nadie quedase sin premio.

Los cícones, antaño aliados de los troyanos, piden ayuda a sus vecinos, que expulsan al mar a los saqueadores con sus poderosos ejércitos.

Esta breve historia de piratas no sólo muestra lo violentas que fueron las cosas en el mundo de Homero, sino que también revela una importante diferencia entre las epopeyas de la *Ilíada* y la *Odisea*. En la primera, más antigua, casi todas las acciones están guiadas por el destino y los dioses. Odiseo, en cambio, es maldecido por Poseidón y protegido por Atenea de diferentes maneras, pero forja su propio destino a través de sus decisiones y acciones, no siempre correctas o morales según los cánones de la época. Aunque salva a sus compañeros y a sí mismo cegando a Polifemo, el cíclope de un solo ojo, acaba por llevar a la ruina a los suyos y a sí mismo al decidir burlarse del gigante y revelarle su nombre entre risas, provocando así la ira de Poseidón, el padre del gigante. Odiseo es un héroe tan inventivo como vanidoso y falible, capaz tanto de buenas como de malas acciones. No es sólo «divino, aquel gran sufridor», un esposo y un padre afectuoso, sino también un «destructor de ciudades», un aventurero y un guerrero, «semejante a un león, todo lleno de sangre y polvo».

Sin embargo, la *Odisea* también incluye el destino de la gente corriente, la angustia de las mujeres que esperan en

casa, los niños, los sirvientes y los esclavos que apenas se ven afectados por los variopintos acontecimientos de dioses y héroes. Penélope, que se mantiene fiel a su marido Odiseo y se defiende con astucia de los pretendientes que quieren ocupar su lugar, es, por así decirlo, la contrapartida del héroe que viaja. Es una heroína del hogar y de la vida cotidiana, el arquetipo de la esposa tolerante y, en particular, de la esposa del marinero, que volvemos a encontrar en muchas de las novelas modernas. Su mundo antiheroico constituye el escenario de la segunda mitad de la epopeya, y el vacilante acercamiento entre marido y mujer tras largos años de separación desempeña un papel tan importante como los viajes del héroe y su lucha contra la ira de los dioses. Odiseo no regresa a Ítaca triunfante, sino como un mendigo que encuentra cobijo en casa de un porquero y al que cuenta una versión alternativa de sus viajes, que forma parte de su disfraz y es considerada una mentira, pero resulta mucho más creíble que el cuento del marinero sobre Circe y Polifemo. El falso relato no se desarrolla en fantásticas islas de las maravillas, sino que describe una incursión frustrada a Egipto y lugares que un soldado de fortuna griego del siglo VIII antes de Cristo bien podría haber visitado. No es hasta la celebración de un concurso convocado por la señora de la casa que Odiseo revela su identidad, recupera su papel de héroe y se venga sin piedad de todos los hombres que asediaron su corte y acosaron a su esposa. La diosa Atenea evita que se derrame más sangre y parece que Odiseo consigue morir en paz en su propia cama. Según otros relatos, sin embargo, no tuvo tanta suerte.

En el siglo VI antes de Cristo surgió una curiosa continuación de la *Odisea*, la *Telegonía*. En esta epopeya fragmentaria, Telégono, hijo de Odiseo y de la hechicera Circe, parte en busca de su padre, a quien mata involuntaria-

mente con la espina venenosa de una manta raya; después se casa con Penélope, mientras que Circe se convierte en la esposa de Telémaco. Este culebrón de la Antigüedad pretendía, como es evidente, sacar partido de un material ya consagrado y que sirvió de modelo para varias tragedias, por desgracia perdidas. Hubo que esperar hasta el 260 antes de Cristo para que Apolonio de Rodas, poeta de Alejandría, lograra crear una obra que se inspirase de forma convincente en la mitología griega sin imitar el estilo de Homero: *Las Argonáuticas*. Basada en una epopeya perdida, probablemente incluso más antigua que la *Iliada* y la *Odisea*, narra las aventuras de Jasón, quien, acompañado por superhéroes griegos como Laertes, padre de Odiseo, Heracles y Orfeo, se embarca para conseguir el vellocino de oro con la ayuda de Medea, la astuta hija del rey. Durante su regreso a casa viven todo tipo de aventuras en islas y tierras lejanas que nos resultan familiares gracias a la *Odisea*. Se encuentran con la hechicera Circe, quien aquí resulta ser la tía de Medea, se enfrentan al ominoso canto de las sirenas y conocen a Alcínoo, el rey de los feacios.

Este relato, basado en las diferentes partes de la *Odisea*, es, ante todo, una historia de amor, y la apasionada Medea se convierte en un personaje principal a la altura del héroe Jasón. En su vacilación entre el amor y el deber, resulta más compleja que los personajes femeninos más bien unidimensionales de Homero.

Una pareja de amantes ocupa también el centro de una novela en prosa temprana del siglo III después de Cristo, *Las Etiópicas*, de Heliodoro. Este autor fenicio, del que se sabe aún menos que de Homero, no se inspira tanto en la *Odisea* por su contenido, sino por su estilo narrativo ingeniosamente enrevesado. *Die äthiopischen Abenteuer von Theagenes und Charikleia*, título de la traducción alemana

de Horst Gasse de *Las Etiópicas*, ejerció una gran influencia en la ficción europea, y la trama sobre amantes que se separan y sólo se encuentran tras innumerables pruebas fue copiada y variada con frecuencia. Giuseppe Verdi utilizó algunos motivos de ésta para su ópera *Aida* (1871). Esta novela de finales de la Antigüedad supone un punto interesante para la literatura marítima porque narra viajes por mar entre Grecia y Egipto, batallas encarnizadas contra piratas y conflictos bélicos entre los pueblos del Mediterráneo. El trasfondo es realista, salpicado de alusiones a predecesores literarios, pero sin las criaturas míticas y fantásticas ni los dioses que intervienen de forma activa de las antiguas epopeyas en verso.

Miguel de Cervantes, que se dedicó a la literatura tras servir en la Armada española y pasar años encarcelado en Argel, fue un gran lector de la novela. Su mundialmente famoso *Quijote* se publicó en dos partes, en 1605 y 1615, mientras que una obra suya menos conocida, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, de 1617, fue, como admitió el autor, un «atrevido» intento de «competir con Heliodoro». Los motivos de la *Odisea* de Homero también persisten en esta curiosa y muy intrincada trama: la balsa, la tormenta, el naufragio, el rescate de un peligro en el mar y la visita a una serie de islas extrañas. Aunque, a decir verdad, Cervantes fue sólo uno de los innumerables autores que volvieron a estos temas tan eternamente cautivadores.